

INTER POCULA

ÚLTIMA PRODUCCION DEL SEÑOR GUINEA.

Tomamos de nuestro apreciable colega *La Union Vasco-Navarra*.

«Segun prometimos en uno de nuestros últimos números, nos ocupamos hoy de emitir nuestro pobre, pero ingénuo juicio, acerca de la obra debida al pincel de nuestro amigo y paisano D. Anselmo Guinea y que se halla expuesta en el establecimiento de espejería de D. Angel Velasco.

La representacion de una escena real, peculiar y frecuente en las costumbres de la antigua y característica Roma, con notable precision y concienzudo estudio dispuesta, es el tema de dicha produccion; y su valor, el concierto de la bellissima escena representada con copia exacta de caractéres y detalles fijos y preciosos.

En efecto: no pueden ser, en general, más típicas las fisonomías de los personaje, más verídicos los atributos y los accesorios todos que contemplan el momento histórico que se retrata.

Seguramente que la generalidad de nuestros lectores tienen conocimiento de las costumbres y modo de ser en la vida pública y privada de los romanos.

Este género de vida obligaba á designar para la comida principal una hora bastante adelantada, por cuya razon aquella era la última del dia. Por la mañana, ántes de salir, se desayunaban los romanos con un bocado de pan con sal, alguna fruta, queso ó aceitunas; despues á eso del mediodía tenia lugar el almuerzo, el *pradio*, y entre mediodía y la puesta del sol, pero frecuentemente mucho más tarde, se efectuaba la cena, que según las circunstancias podia prolongarse hasta las altas horas de la noche. El almuerzo era más sustancioso que el desayuno, y consistia en pescados, huevos, crustáceos y las correspondiente bebidas; pero donde verdaderamente el arte culinario tenia ocasion de manifestarse, era en la cena, para la cual se habian inventado gran variedad de platos de entrada destinados á des-

pertar el apetito, á los que seguian otros abundantes, y succulentos y exquisitos postres.

No se manifestaba, por cierto, este lujo en las comidas de los antiguos tiempos. Hasta el año 174 ántes de Jesucristo, no habia en Roma ni panaderías, ni casas de comida; solo cuando las guerras de Asia conocieron los romanos la gastronomía, y con los esclavos procedentes de ella se procuraron pasteleros y cocineros. Estos esclavos se vendian á muy altos precios.

Posteriormente hizose ya del arte de comer un estudio y un recreo y la preparacion de la comida se elevó á la categoría de verdadera ciencia. Pero cuando el arte culinario alcanzó á su mayor grado de perfeccion y apogeo fué en la época de los Emperadores, cuando la dominacion de Roma sobre el mundo entero y su floreciente comercio y constantes transacciones, hacian afluir á ella lo más exquisito de todos los países, y cuando en la cocina de los romanos opulentos se reunian los productos de los puntos extremos de Oriente y Occidente.

No hemos de detenernos en reseñar los exquisitos, delicados y rarísimos platos que se presentaban en estos banquetes, cuyos enormes gastos apénas se comprenden.

Baste decir que los romanos no carecian de comestibles variados y abundantes con que cubrir su mesa y que tampoco faltaban vinos de todas clases y de superiores calidades.

Tan solícito cuidado en lo que atañe á excitar el apetito y satisfacer el gusto, hace creer que procurasen tambien, en sus comidas, halagar la vista. Y con efecto: preciosa vajilla de oro, plata, cristal y piedras preciosas cubria las mesas; los candelabros, lámparas, mesas, lechos, colgaduras, etc., etc., eran de oro, extrañas maderas con incrustaciones de marfil y riquísimas sederías. El mismo gusto y riqueza se ostentaban en la decoracion de los comedores, dispuestos convenientemente

En una palabra: la riqueza, el lujo y el más exagerado refinamiento de sibaritismo se ostentaba en todo.

En los festines, los comensales se coronaban de rosas y ornaban su pecho de guirnaldas, empleando en ellas la hiedra, las rosas y las violetas: no usaban otra clase de flores, por cuyo motivo en el mercado se vendian rosas todo el año.

Las personas de talento se contentaban en las comidas con una

amena conversacion, odiando el aditamento de estrepitosa música que á ellas seguía; pero como no todo el mundo poseía el don de una conversacion amena é instructiva, por más que los romanos, lo propio que los griegos, fueran decidores, locuaces y agudos, se habia hecho costumbre aumentar los atractivos de la comida con representaciones efectuadas por artistas de todas clases y por especialidades.

Habia músicos, declamadores que procuraban halagar el oído y recrear el espíritu de los oyentes, bailarinas andaluzas de morena tez y flexible cuerpo, que ejecutaban voluptuosas danzas, prestidigitadores y acróbatas que hacian alarde de sus habilidades, bufones y payasos, comediantes y pantomimas de color subido, sobre todo cuando no asistían mujeres á la comida.

Pero todos estos entretenimientos tenían algo de forzado y grosero, como lo es siempre todo aquello de que se echa mano para suplir un rato de ameno solaz.

Cuando el banquete habia terminado, se habian limpiado las mesas y los comensales se consagraban con preferencia al vino, comenzaba el simposio ó tertulia, que segun el estilo griego exigía la eleccion de un presidente ó *rey*.

Esta tertulia es, en nuestro concepto, el momento que retrata el Sr. Guinea en su cuadro, que gráficamente intitula «INTER POCULA.»

Ahora entremos de lleno en el exámen del cuadro. Este en todo su conjunto tiene mucha diafanidad, pero su coloracion general es débil; lo que sí es lujosísimo: monumental recinto, riquísimos trajes, hermosas pieles de formas raras y elegantes, aquí y allá derroche de magnificencias y esto, como es natural, cautiva al ánimo á primera vista, la impresión entónces es grata; tan buena, que no hay espectador de cuyos lábios no salgan estas palabras: ¡*Oh qué pintura más primorosa!* Esto en los primeros momentos; sometida la obra al escalpelo de la crítica algo queda á ésta por decir.

Así sucede; el espíritu investigador halla la entonacion de todo el cuadro caprichosa, que la luz no está bien determinada porque figuras y objetos proyectan sombras en direcciones contrarias, no fácil de producir á campo abierto, y que entre otras cosas domina en la obra la tinta gris, como se advierte particularmente en los árboles, los antepechos y las gradas que tienen aquella coloracion.

De tres agrupaciones distintas consta la composicion. Preséntanse

grupos en la derecha é izquierda del espectador y en el centro. En la primera figuran los convidados... ¿y quién es de entre aquellos personajes el anfitrión? hasta ahora no le hemos podido conocer; en verdad que nada hay que lo caracterice; ni asiento preferente, ni especiales vestiduras, en una palabra, ni una sola señal que lo distinga de todos los demás y por la que vengamos en conocimiento de quién es el dueño de la casa. Sentados los comensales al rededor de estensa mesa de piedra, conversan entre sí; otros convidados están de pié y paran su atención en los juegos de equilibrio que ejecuta una esclava. En primer término, dos jóvenes tañedoras descansan en la primera grada que dá acceso al recinto del festin, una, en medio, está levantada y con el canto y sus melodiosos instrumentos proporcionan mayor solaz á los invitados.

Hay en este trozo entonaciones muy valiosas, y es uno de los en que más esmero ha puesto el artista, si bien se advierten algunos descuidos. La huella de las gradas es tan mezquina que no se concibe haya lugar suficiente para sentarse en ellas de la manera en que lo están las dos figuras apuntadas; la joven tocadora de pífano tiene proporcion desmesurada; ello no quiere decir que no haya mujeres de elevadísima estatura, pero teniendo en cuenta que en los países meridionales no es frecuente encontrarlas, valdría más fuera ménos buena moza y entónces se avendría mejor con lo que enseña la ciencia fisiológica.

La figura del romano bebedor colocada en segundo término á espaldas de estas, ostenta capa de un color ocre amarillo claro y túnica blanca con adornos semiverdosos; es de las más correctas en dibujo, y solo se nota rigidez excesiva en la parte de túnica que toca á sus rodillas. Allí, la tela no pliega convenientemente como debiera plegarse, y no se dibujan las piernas por esta razón.

Visitando el lado opuesto, tenemos á dos negros nubios, uno de pié, otro junto á la barandilla de donde se domina un mar tranquilo que se dilata hasta lo infinito, circuido en sus rodillas con árboles de frondosas copas, trozo que por sí vale como un lienzo. Los negros esclavos, tienen sujetos con cadenas á varios leones y tigres, fieras por estampa, pero de tan buena educación, que muy tranquilos y como otro curioso público, presencian la fiesta sin inquietarse lo más mínimo; unicamente el leon hembra muestra los instintos naturales con sus rugidos, y se mueve; los demás son como unos mansos corderos y aun

hay que tener en cuenta, que estos, con ser mansos, se revuelven cuando descansan; diremos de los negros que están descuidados de dibujo, son amomiados y sin espresion.

Una fisonomía negra puede tener un alma *blanca* ó *negra*, pero alma al fin. Estos pobrecillos carecen de espíritu y viven, por estar sentados ó de pié; de otra manera no existirían.

Así como la virtud la encontramos entre dos extremos, así también estableciendo la comparacion con respecto á esta pintura, podemos aplicar el axioma y decir: que lo mejor, no lo más virtuoso, lo tenemos en el medio; más claro: en el centro del lienzo, entre las otras dos agrupaciones prefijadas por el autor, ó sean las del ala izquierda y el ala derecha. Este grupo lo forman dos personajes del sexo masculino, vestidos muy bien, con todo el carácter de indumentaria de la época. Uno de ellos el del manto acarminado de escaso relieve, túnica de amanerados dobleces y color poco definido, apoya su cabeza sobre la mano del brazo derecho que descansa sobre el aro de tallada piedra destinada, como se observa, á quemar los perfumes que impregnáran de suaves aromas los hálitos atmosféricos de aquella agradabilísima estancia. Su amigo, ataviada con túnica blanca y manto azul, se reclina sobre el antepecho que da al mar. Ambos lucen además sobre las sienes coronas de hiedras y rosas, como según hemos dicho tenían por costumbre hacerlo en los festines que celebraban. Ahora bien, ¿qué diremos de estas figuras? Que de dibujo no están muy bien que digamos. Pero... ¿y le hechura de aquellas cabezas? ¡Con qué gracia sentidas, qué bien plantadas, y ejecutadas qué bien!

Hay una sola figura que viene á ser el punto culminante de la composicion, y en rigor la que exactamente corresponde al centro de esta. Es la jugleresa que divierte á los convidados, acostada sobre una riquísima é historiada alfombra de color bermellon, objeto que es un prodigio de ejecucion y colorido. La jóven esclava juega con un tigre que, dando rápidas vueltas á su derredor, pasa y repasa á saltos por el espacio que deja un aro de metal que sostiene con su diestra, en cuyo anillo y en su parte superior está colocada una dorada copa para dar á demostrar al público sus prodigios de equilibrista. Los dos personajes, de quienes há poco hemos hablado, meditan sobre el difícil juego; el uno concentra todas sus miradas en el tigre que rasguña la alfombra momentos ántes de saltar el aro; el otro fija sus ojos en este y la copa que apenas tiene base en donde apoyarse. Ambos induda-

blemente están en accion, y ambos discurren perfectamente sobre las dificultades del ejercicio; en sus actitudes revelan además ese abandono melancólico propio de los séres gastados por el placer, con notoria realidad. figurado.

Es innegable el mérito sobresaliente de estas cabezas, pues si hay muchas de las que dan vida al asunto tratadas con especial esmero, ninguna ciertamente les aventaja y solo puede rivalizar con ellas, por muy buena, la del personaje sentado en un primer término de la mesa, que viste un rico manto de púrpura y habla con su amigo sobre cosas que parecen de interés.

Si alguna de las figuras merece caracterizar el anfitrión ó dueño de la casa, por más que, como hemos indicado ántes, no veamos rasgo ni detalle que nos revele aquel personaje, indudablemente es la que dejamos dicha.

Ajeno por completo á los juegos, que para él son conocidos ya, no excitan estos su atencion y distrae la del convidado que tiene más á mano, con su conversacion, ora sea interesante ó fútil.

La mujer que recrea con sus juegos extraños, acusa incorrecciones de dibujo; el brazo derecho no está modelado, la mano izquierda es algo deforme y la derecha groseramente ejecutada, se confunde con los cintajos del aro. El escorzo de la cabeza no es nido, ¡lástima de cabello que es una mancha negra! En cambio la parte inferior del cuerpo es lo más notable. Las piernas y los piés tienen líneas muy puras, por eso la perfeccion del dibujo en esta parte es muy remarkable. La figura toda, tiene además una condicion sumamente distinguida: el relieve que da su modelado, ilusiona hasta el punto de que parece desprenderse del lienzo.

Pero donde está felicísimo el autor es en la gran riqueza y perfeccion de los detalles. Las ánforas de barro, las copas y las vasijas de metal son el trasunto más fiel de la verdad, los cequines de oro del brazalete derecho y anillos de los piés, de la esclava equilibrista, relucen con el brillo que les es peculiar, el collar de perlas que luce en el cuello la misma, las joyas de las otras artistas y la piel de leopardo tendida en el suelo, son un prodigio de arte; no es posible exigir mayor verdad de la copia. Pudiéramos señalar otros pormenores sobresalientes, mas por no cansar á los lectores y en obsequio á la brevedad renunciamos á ello.

Para concluir, solo nos resta por decir algunas palabras. El Sr. Guinea, sin género de duda, ha dado un gran paso en su carrera de artista; vémosle hoy con fuerzas suficientes para producir obras de mayor importancia que «*Inter pocula*»; por más que esta revista un grado de adelantamiento muy significativo, es lo cierto que no reúne condiciones para que pueda conceptuarse una creación verdaderamente magistral. Distinguimos en el pintor un desarrollo acentuado en su gusto, presenta mejor que ántes las figuras, con más gracia, sabe elegir modelos característicos, y en suma: dice más ese cuadro, muchísimo más, que los que hemos tenido ocasión de examinar hasta ahora.

¿Y del estilo? Solo nos es dable pensar con fundamento, que en «*Inter pocula*,» el Sr. Guinea no mancha la tela con aquel estilo franco de clase superior, que por fortuna posee, y por capricho lo emplea cuando le acomoda. En las obras del Sr. Guinea se advierten dos estilos perfectamente determinados: el fino y esmerado, y el brioso, suelto y espontáneo, á propósito para sacar partido de los buenos efectos, y para producir en el ánimo la ilusión más encantadora. «*Inter pocula*» corresponde al primero de los estilos, la *Herzegovina*, *Mari-nero de Capri*, y otros preciosos estudios, al segundo.

Si el Sr. Guinea, al que le sobran facultades, se resolviera de una vez con ciega fé y ánimo esforzado, á cultivar ese estilo viril y verdaderamente grande, auguramos desde el momento que su nombre brillará al lado de los más afamados que hoy conocemos en la pintura contemporánea.

Dispéñenos el Sr. Guinea lo que pueda desagradarle de este incorrecto trabajo, hijo de nuestros deseos de verle perfecto en el arte inmortal á que se dedica y también de nuestra ignorancia, pero no dude un momento de la sinceridad de estos deseos, y reciba nuestra calurosa felicitación y entusiastas aplausos por su cuadro que, como dejamos dicho, es una de sus mejores obras.»

A. M.

